

to de la causa de España y cuál deberá ser su fuerza.

»Circunstancias que usted no ignora me han precisado á separarme del ejército español, y debo decir á usted que no experimento la mejor inclinación á volver á operar juntamente con él bajo mi propia responsabilidad; que antes que lo haga es menester que se marque muy bien mi línea de conducta, y en su estado presente no puedo recomendar á usted que tenga con él relaciones de ninguna especie.

»Antes de dejar este asunto, tal vez le agradará á usted saber que no creo que hubiesen marchado mejor las cosas aquí si hubiese usted enviado su grande expedición en vez de enviarla contra el Escalda. Ni en Galicia ni en parte alguna del Norte de España hubiera usted podido mantenerla.

»Aunque hubiéramos tenido sesenta mil hombres en vez de veinte mil, es probable que no hubiésemos dado la batalla de Talavera por falta de medios y provisiones, y si la hubiésemos dado no habríamos pasado adelante.

»Los dos ejércitos se habrían infaliblemente separado por falta de raciones, probablemente sin batirse, pero aún batiéndose se hubieran separado luego de fijo.

»Observará usted además que sus cuarenta mil hombres aun equipados, armados y provistos de todo medio de subsistencia, no habrían compensado la falta de número, de disciplina y de valor de los ejércitos españoles, y aun admitiendo que hubiesen podido echar á los franceses de Madrid, no habrían sido capaces de expulsarlos de la península ni en el estado actual de sus fuerzas.

»Suponiendo ahora que el ejército portugués llegue á corresponder á su objeto, ¿qué podrá hacerse con él y Portugal si los franceses se apoderan del resto de la península? Mi opinión es que podríamos conservar el Portugal completando el ejército portugués y la milicia.

»La dificultad en esta cuestión consiste en el embarque del ejército inglés. Hay tantas entradas en Portugal por ser todo el país de fronteras, que sería sumamente difícil impedir penetrarse en él el enemigo, y es probable que tendríamos que ceñirnos á salvar lo más importante, que es la capital.

»Es muy difícil, si no imposible, llevar á las extremidades la lucha que ha de salvar la capital y embarcar luego el ejército inglés. Me comprenderá usted dirigen-

do una mirada al mapa. Lisboa está situada á tanta elevación sobre el Tajo, que ningún ejército que pudiese reunir sería capaz de asegurar á la vez la ocupación de la capital y la navegación del río por la posesión de ambas orillas. Temo que habría que renunciar á uno de estos dos objetos, y los portugueses renunciarían más bien á la navegación del Tajo, y naturalmente á nuestros medios de embarque. Con todo, aún no he meditado bastante un asunto de tanto interés.

»Creo al mismo tiempo que el gobierno debería tratar de recoger sus carros cubiertos en cuanto deje de necesitarlos la grande expedición y se reciba noticia cierta de que Napoleón refuerza sus ejércitos de España; porque puede usted tener por cierto que tanto él como sus mariscales deben tener el gran deseo de vengarse de las diferentes derrotas que les hemos hecho sufrir, y que al venir á la península su mira principal será expulsar á los ingleses.

»Habrá usted visto en la primera parte de mi carta mi opinión sobre la necesidad de invitar á los españoles á ceder el mando de sus ejércitos al general en jefe inglés.

»Si se me hiciese semejante oferta aplazaría la aceptación hasta saber la de S. M., y recomiendo á usted ahincadamente que si no quiere correr el riesgo de perder su ejército, permanezca de todo punto extraño á la guerra de España, en el estado actual de las cosas, bajo cualesquiera condiciones. Por lo que hace á Cádiz, el hecho es que el carácter receloso de los españoles, aun de aquellos que nos son más adictos, me inspira tal desconfianza, que aunque el gobierno nos cediese esta capital (y en sus apuros presentes no extrañaría que lo hiciese) para decidirme á permanecer en España, no consideraría jamás como bastante segura en esa plaza ninguna guarnición.

»Si quiere usted tomar á Cádiz, hay que dejar el Portugal y encargarse de la guerra de España; hay que ocupar la plaza, que vendría á ser nuestro punto de retirada en vez de Lisboa, con una guarnición de quince ó veinte mil hombres, enviando de Inglaterra un ejército que entre en campaña con los españoles.

»Siendo nuestro Cádiz habrá que insistir en el mando de todos los ejércitos españoles; pero ya conoce usted por los hechos que le manifiesto al principio de mi carta cuán poco podemos prometernos conducir esta lid al término que deseamos.

»A. WELLESLEY.»

CARTAS DE NAPOLEÓN

QUE HACEN REFERENCIA Á LA EXPEDICIÓN DE WALCHEREN

(Véase la página 56)

Reproducimos según tenemos prometido algunas cartas de Napoleón sobre la expedición de Walcheren, que darán á conocer las impresiones de su ánimo en aquellas circunstancias, la desconfianza que empezó á concebir de los hombres, y la profundidad de sus provisiones, aun cuando en algunos puntos accesorios quedasen sus cálculos fallidos. Creyó por ejemplo que Flesinga

sería inexpugnable, y Flesinga fué tomada, y no precisamente por la cobardía del general Monnet, sino por la gran masa de artillería que la marina inglesa reunió en un solo punto. Pero exceptuados dos ó tres pormenores, en todo lo demás admirará la prodigiosa previsión con que juzgó Napoleón las consecuencias y el término de la expedición británica y la índole de los

obstáculos que había que oponer á ella. No debe pararse demasiado la atención en los números, que en estas cartas son siempre inexactos. Napoleón se hallaba lejos del teatro de la guerra; ignoraba las fuerzas del enemigo, y hasta las que podían reunir los franceses; por otra parte, al dirigirse á sus lugartenientes tenía costumbre de exagerar sus fuerzas y de disminuir las del enemigo, considerando este medio como eficaz para obligarles á hacer los mayores esfuerzos. También muchas veces se complacía en hacerse ilusiones, y en esto se cegó más á medida que sus medios fueron más proporcionados para la exorbitante carga que se había echado encima. No hay, pues, que buscar en estas cartas pormenores exactos, sino el espíritu que las dictó y que las convierte en monumentos de inestimable precio.

El número de las que escribió sobre la expedición de Walcheren solamente, es tres ó cuatro veces mayor; pero es tal la energía depresora de su lenguaje contra ciertas personas, sin exceptuar á los mismos hermanos de Napoleón, que hemos creído no deberlas reproducir. Puede ciertamente escribirse de hoy más la verdad histórica desnuda; pero hay muchas veces en los mismos documentos tal crudeza, que su reproducción sería intempestiva y prematura.

La historia escrita con sinceridad y buena fe, no necesita recurrir al lenguaje de las pasiones, y esto mismo hace que le sea á ella lícito hablar antes que á los documentos originales.

AL MINISTRO DE LA GUERRA

«Schanbrunn, 6 de agosto de 1809.

»Acabo de recibir su carta de usted del 31, dándome parte de que se han dividido por el lado de Walcheren doscientas velas de todas dimensiones. La isla debe tener entre tropas francesas y holandesas seis mil hombres. Mándele usted oficiales de artillería y de ingenieros jóvenes, celosos y leales. Supongo que los almacenes de Flesinga están provistos, y que lleva usted una cuenta exacta con el general Monnet. Le he mandado la orden, que usted le reiterará, de romper los diques si fuese necesario. Supongo también que el general Chambarlhac habrá pasado á la isla de Cadzand con el cuerpo que existía en Lovaina, la media brigada provisional acuartelada en Gante y cuantas fuerzas haya podido sacar de las divisiones militares diez y seis y veinticuatro, y que el general Rampón le habrá seguido con su cuerpo de guardias nacionales, con lo que se reunirán allí de nueve á diez mil hombres; que habrá hecho montar doce piezas de Gante en Duay y en Saint-Omer para no carecer de artillería de campaña; que habrá reunido las fuerzas que había en Maestric, y que el general Sainte-Suzanne habrá formado una columna con artillería para acudir donde sea menester.

»Envíe usted á Amberes oficiales de artillería é ingenieros con un jefe superior. Tiene allí la marina de mil doscientos á mil quinientos hombres que pueden ser útiles. Pueden además formarse en Amberes batallones de guardias nacionales para conservar el orden en la ciudad y coadyuvar á su defensa.

»Si el desembarco se efectúa pondrá usted en estado de sitio á Amberes, Ostende y Lila, llamará usted enérgicamente la atención del rey de Holanda hacia las pla-

zas de Breda y de Berg-op-Zoom, y si es menester mandará usted armar la primera línea de mis plazas fuertes de Flandes. Puede usted reunir destacamentos de caballería y formar escuadrones provisionales.

»No habrá usted dejado de enviar al mariscal Moncey con su cuartel general á Lila, encargándole reunir toda la gendarmería que le sea posible para proporcionarse una buena fuerza de esta excelente caballería.

»Habrá detenido la marcha de los destacamentos destinados á otros países, como los tres mil hombres procedentes de la duodécima división militar, y los habrá usted dirigido ya á París ó ya á los puntos donde pueden hacer falta.

»Finalmente, pida usted, si es menester, la reunión de un consejo con el archicanciller para hacer un llamamiento á los treinta mil guardias nacionales de las divisiones militares primera, segunda, décimacuarta, decimaquinta, décimasexta y formar en las vigésima cuarta y vigésima quinta algunos batallones, y también para que cada ministro expida las circulares convenientes invitando á la nación al alistamiento de más guardias nacionales, especialmente en los departamentos donde más necesarios sean.

»Con tantas ventajas supongo que los franceses no se dejarán insultar por quince ó veinte mil ingleses. No veo qué es lo que pueden hacer éstos.

»No tomarán á Flesinga porque aún podemos abrir los diques; no se apoderarán de la escuadra, porque ésta puede internarse hasta Amberes, cuya plaza y puerto están al abrigo de cualquier golpe de mano. Creo que el ministro Dejeán se habrá apresurado á proveer sus almacenes. Si la invasión llega á formalizarse, tome usted las medidas necesarias para tener en el Norte el mayor número posible de cañones con el ganado correspondiente, valiéndose para esto de una requisita ó de los medios que le parezcan más expeditos. En caso urgente autorizo á usted á retener parte de las diez compañías de artillería que ha de mandarme.

»Dé usted orden al duque de Valmy de trasladarse á Wesel, donde estará mejor situado para asegurar esta importante plaza.

»NAPOLEÓN.»

AL ARCHICANCELLER

«Schanbrunn, 8 de agosto de 1809.

»Recibo su carta de usted del 2. Espero tendrá usted ya mi decreto para el alistamiento de treinta mil guardias nacionales. Siento que en el Consejo celebrado el día 1.º no haya usted querido tomar parte en la formación de la guardia nacional, de la cual desconfía sin motivo, y supongo que en cuanto haya recibido mi decreto se habrá ocupado en formarla, repartiéndola en cuatro ó cinco divisiones, designando al senado los generales que las han de mandar y dirigiendo al mismo cuerpo una comunicación que sirva de publicación. El senado responderá con una petición en que me dirigirá la palabra, y que será una especie de proclamación. Esta se imprimirá inmediatamente. Los ministros por su parte darán el impulso. Es preciso tener al momento ochenta mil hombres en primera y segunda línea, y excitar á la nación á que se pronuncie: primeramente para escarmentar á los ingleses y quitarles la gana de emprender semejantes expediciones, demostrándoles que la nación

está siempre dispuesta á tomar las armas; en segundo lugar para que podamos reconquistar la isla de Walcheren si los ingleses llegasen á tomarla; y últimamente para favorecer las negociaciones entabladas aquí, porque es evidente que puede perjudicarles el creerse apurado con el desembarco de los ingleses. Deben, pues, tomarse todas las medidas posibles para influir en la opinión; deben designarse los guardias nacionales de cada departamento, y ser invitados á reunirse en Lila para formar una legión todos los militares antiguos que quieran tomar parte en esta campaña contra los ingleses.

»NAPOLEÓN.»

AL MINISTRO DE POLICÍA

«Schenbrunn, 8 de agosto de 1809.

»Recibo carta de usted del 2 del corriente. Siento que en el Consejo de ministros del día 1.º no se haya votado un mensaje al senado y un alistamiento de treinta ó cuarenta mil guardias nacionales, y que no se haya dado un grande impulso á la nación. Esto era necesario desde el punto de vista militar y político á la vez, porque si creen que esa invasión me apura, las negociaciones se harán más dificultosas. Es, pues, necesario hacer un llamamiento á la nación. Parece indudable que los ingleses intentan apoderarse de la isla de Walcheren y de mi escuadra. Nada tiene ésta que temer si regresa á Amberes. Flesinga no corre peligro de ser tomada, porque rompiendo los diques se inunda toda la isla y los ingleses tienen por fuerza que abandonarla.

»Póngase usted si puede en correspondencia con el general Monnet, y confírmeme usted la orden que tantas veces le he dado de viva voz y por escrito de romper los diques en cuanto se vea estrechado.

»NAPOLEÓN.»

AL MINISTRO DE LA GUERRA

«Schenbrunn, 8 de agosto de 1809.

»Recibo su carta de usted del 3. — Ayer manifesté á usted mis intenciones. Poco tengo que añadir sino que debe usted hacer cuanto le he mandado, aunque los ingleses no progresen y queden estacionados en la isla de Walcheren.

»Para las negociaciones aquí entabladas, para ejemplo en lo sucesivo y para mis designios ulteriores, necesito un ejército en el Norte, y no es poca ventura que los ingleses nos proporcionen un pretexto para formarlo. A menos que éstos se hayan vuelto á embarcar para retirarse, será menester alistar los treinta mil hombres de guardia nacional según le he mandado en mi decreto.

»El único inconveniente será costarnos algunos millones. Hablando á usted *confidencialmente*, es muy posible que cuando este asunto acabe, haga ocupar las costas de Holanda para cerrar sus puertos á los ingleses. Ya verán éstos el resultado de quitarles en regla las salidas de Ost-Frisia, del Elba y de la Zelandia, porque hasta ahora entran y salen en Holanda como en su propia casa.

»No me dice usted en sus cartas haber reiterado al general Monnet la orden de romper los diques en cuanto se vea estrechado en la plaza. Varias veces se lo he mandado yo verbalmente, pero repítaselo usted de mi

parte, y no admito excusa. Necesito decir á usted que tanto usted como el ministro Dejeán deben tomar las medidas necesarias para enviar víveres á Flesinga; póngase usted de acuerdo para esto con el ministro de Marina. Envíen ustedes también á Flesinga ocho ó diez oficiales de artillería de todas graduaciones, otro de ingenieros y un destacamento de zapadores. Lo mejor que puede hacer el general Rampón es tener reunidas sus tropas hasta saber qué es lo que intenta el enemigo; porque con tropa adocenada y tan escasa, mal puede prometerse echar á los ingleses de la isla de Walcheren, y saldría batido. Los principales enemigos de la Gran Bretaña deben ser allí las fiebres y las inundaciones. El rey de Holanda, que puede disponer de diez ó doce mil hombres, los llevará á Berg-op Zoom y defenderá sus plazas del Norte proveyéndolas de lo necesario.

»NAPOLEÓN.»

AL MINISTRO DE LA GUERRA

«Schenbrunn, 10 de agosto de 1809.

»Recibo su carta de usted del 4. No comprendo qué hacen ustedes en París. ¿Esperan ustedes sin duda que vayan los ingleses á sorprenderles en la cama? ¿Cómo puede el ministerio permanecer en la inacción cuando veinticinco mil ingleses invaden nuestros arsenales y amagan arrebatarlos nuestras provincias? ¿Qué inconveniente hay en armar setenta mil guardias nacionales? ¿Qué obstáculo se opone á que vaya el príncipe de Ponte Corvo á tomar el mando que nadie desempeña? ¿Qué inconveniente hay en poner en estado de sitio mis plazas de Amberes, Ostende y Lila? No se concibe en verdad tanta inercia. Veo que sólo Fouché ha hecho cuanto ha podido, y conocido el inconveniente de permanecer en una inacción peligrosa y deshonrosa: peligrosa, porque los ingleses, viendo que la Francia no da señales de vida ni dirección alguna á la opinión pública, nada tendrán que temer y no se darán prisa á abandonar nuestro territorio; deshonrosa, porque descubre el miedo que se tiene á la opinión y permite que veinticinco mil ingleses estén incendiando nuestros astilleros sin defensa. En las circunstancias actuales está cayendo sobre la Francia una mancha que no se lavará nunca. Los acontecimientos cambian á cada hora. Es imposible que desde aquí dicte yo órdenes que no han de llegar sino quince días después. Los ministros tienen el mismo poder que yo, puesto que pueden celebrar consejos y tomar resoluciones. Den ustedes empleo al príncipe de Ponte-Corvo y al mariscal Moncey. Envíe además al mariscal Bessieres para que esté en París de reserva. He mandado el alistamiento de treinta mil guardias nacionales. Si los ingleses progresan, alisten ustedes otros treinta mil en los mismos ó en otros departamentos. Es evidente que los ingleses intentan arrebatar me mi escuadra y la plaza de Amberes.

»Supongo que desde el día 4 habrá usted encaminado á Amberes todas las tropas estacionadas en Boloña. Espero que también se habrá aproximado al mismo punto el general Rampón. Es indudable que el enemigo, penetrado de la dificultad de tomar á Flesinga, quiere marchar directamente sobre Amberes y asestar á la escuadra un golpe de mano.

»NAPOLEÓN.»

AL ARCHICANCELLER

«Schenbrunn, 10 de agosto de 1809.

»Recibo su carta de usted del 6. Admiro la tranquilidad de ustedes creyendo que hay cuarenta mil ingleses en nuestras costas, y sabiendo que el digno general Sainte-Suzanne, en quien descansaba yo para la defensa del Norte, se halla enfermo. Debían ustedes haber celebrado un consejo para saber si convenía dar el mando al rey de Holanda. Este partido es el más absurdo de todos. El rey de Holanda procurará defender á Amsterdam y dejará que los ingleses los cojan á ustedes en sus camas. No sé qué vértigo se ha apoderado de ustedes. Su conducta en las presentes circunstancias alarma á toda la Francia, que cuanto menos ve, más cree naturalmente. Cuando reciba usted mis cartas habremos ya perdido otros once días! Ya debían estar los ingleses tratando de volver á su tierra, y ustedes debían haber celebrado frecuentes reuniones en estas inopinadas circunstancias.

»NAPOLEÓN.»

AL MINISTRO DE LA GUERRA

«Schenbrunn, 16 de agosto de 1809.

»Envío á usted mis órdenes sobre lo que debe hacerse contra la invasión inglesa. Son las mismas que en diversas ocasiones le he repetido á usted en mis cartas; pero quiero confirmárselas á usted. Nada de ofensiva, nada de ataque, nada de alarde de valentía. Con tropas malas y bisoñas nada bueno puede hacerse. Atacar á Flesinga es comprometerse. Harto se ha batido ya el general Monnet si es cierto que ha perdido mil cuatrocientos hombres.

»¿Qué quieren los ingleses? Apoderarse de Flesinga y de la isla de Walcheren. Esto es imposible, porque la posesión de la isla de Walcheren depende de la toma de aquella plaza. Al llegar á cien toesas de distancia de sus bastiones, podemos abrir las esclusas é inundar la isla, y la plaza permanecerá inexpugnable mientras tengamos dentro un pedazo de pan. Lo esencial es, pues, proveerla de vitualla y meter en ella un puñado de hombres decididos con doscientos ó trescientos artilleros. Esos hombres decididos deberán ser oficiales de ingenieros, de artillería, mayores, etc. También Amberes puede defenderse por medio de la inundación, dado que la vaya á sitiar el enemigo. Sus fuertes están armados y artillados, su guarnición es de seis mil hombres de guardia nacional y otros seis mil de la escuadra. Hay además en ella almacenes con víveres para ocho meses. Puede por lo tanto Amberes defenderse todo ese tiempo. Encargue usted al ministro Dejeán, que según mis órdenes debe haber pasado á reconocer los diversos puntos, que inspeccione el armamento y provisiones de dicha plaza y ponga artilleros ó ingenieros en cada fuerte, con la vitualla y artillería necesaria. Con esto Amberes es inexpugnable y los ingleses lo asediarán en vano durante seis meses. No puede por consiguiente el enemigo quitarnos á Flesinga ni á Amberes; no puede tampoco quitarnos la escuadra, segura en este último puerto.

»Todo inclina á creer que los ingleses no aportarán

á la isla de Cadzand sin haber tomado á Flesinga. Si desembarcan, diseminan sus tropas. No tienen arriba de veinticinco mil hombres: no podrían desembarcar en la isla de Cadzand más de seis ó siete mil, y si lo hiciesen se verían muy apurados. Todo se reduciría, pues, á elegir en la isla un campo de batalla, á levantar en él reductos y baterías de campaña, y á tener doce ó quince mil hombres dispuestos á ocuparlo. Las baterías del fuerte Napoleón deben hallarse al abrigo de un golpe de mano. ¿Irán los ingleses á Berg-op Zoom? Esta plaza se halla en estado de defensa, y no conseguirán más que diseminar sus fuerzas. No pueden tener en la isla de Walcheren menos de diez ó doce mil hombres, ni menos de diez mil en el Beveland del Sur para defender la orilla derecha del Escalda y el fuerte de Batz, de modo que no les queda gente para intentar empresa alguna en la orilla izquierda. Ahora bien: Flesinga y Amberes son inexpugnables; y sin embargo, apruebo todo cuanto pueda contribuir á imposibilitar la aproximación de los ingleses á Amberes, como la inundación de las cercanías de Berg-op Zoom, la reparación del fuerte de San Martín y de las fortificaciones del canal de Berg-op Zoom.

»Mientras transcurran en esta situación los meses de agosto y septiembre, los treinta mil guardias nacionales podrán reunirse, con buenos generales y oficiales. El duque de Valmy reunirá diez mil hombres en Wesel, las divisiones Olivier y Chambarlhac adquirirán mayor consistencia, y se completarán las dos divisiones de guardias nacionales de los generales Rampón y Soulés. Entonces, con esta reunión de sesenta mil hombres entre guardias nacionales y tropas de línea, y quince ó diez y seis mil holandeses, los ingleses se resolverán quizá á dejar nuestras costas á la simple noticia de tan considerable armamento, los perseguiremos y los destruiremos. Pero nada de maniobras prematuras, que fracasan siempre con malas tropas: nada de amagos; haya sólo prudencia y circunspección. El tiempo es contrario á los ingleses. Cada semana podemos nosotros armar diez mil hombres más y ellos perder otras tantas. Mas por esto hay que tener mucho orden y no mezclar la guardia nacional con la tropa de línea. Es menester que la división Rampón permanezca íntegra y lo mismo la división Soulés, y que las otras cinco divisiones de guardias nacionales formen en cinco puntos diferentes, como tengo prevenido; una por ejemplo en Amberes, otra en Ostende, otra en Bruselas, otra en Lila, otra en Saint-Omer ó en Boloña, etc. Puede usted alterar estos puntos de reunión; pero en general conviene que los guardias nacionales estén reunidos y tengan buenos oficiales, y que no vayan inconsideradamente á desafiar al enemigo; porque es seguro que si saben acometer, mejor saben huir. Recomendando sobre todo que no se desperdicie este auxilio de los guardias nacionales desparamándoles demasiado.

»NAPOLEÓN.»

AL MINISTRO DE POLICÍA

«Schenbrunn, 16 de agosto de 1809.

»Inserte usted en el *Monitor* en forma de carta, ó de reflexiones de un militar, las siguientes observaciones sobre la expedición inglesa: «Cuando los ingleses

combinaron su expedición, se proponían apoderarse de la escuadra; pero ésta se halla bien segura en Amberes. Su objeto era tomar á Amberes y destruir nuestros astilleros; pero Amberes no es hoy lo que hace cuatro años. Con establecer en ella astilleros han quedado restablecidas sus fortificaciones. Amberes puede defenderse por espacio de seis meses. Una gran parte de sus aproches puede inundarse y el resto está defendido con nuevas obras. Hace tres años que se halla esta plaza al abrigo de todo ataque con sus fosos llenos de agua, su recinto guarnecido de bastiones y su bien construída escarpa. Para tomarla necesitarían los ingleses seis meses de asedio y sesenta mil hombres. Tampoco pueden arrojar á tomar á Flesinga, cuyas fortificaciones han aumentado considerablemente desde hace tres años. Se han construído en ella medias lunas y tres fuertes en torno de la plaza. Hace diez días que desembarcaron los ingleses, y aún no han empezado sus obras de aproximación, hallándose á mil toesas de la plaza. La guarnición que la defiende es numerosa, y los ingleses han sufrido ya pérdidas de consideración. Últimamente, si el enemigo llega á aproximarse á la distancia de doscientas toesas, se abren las esclusas y queda inundada la isla. Hay allí víveres para un año; otro tanto por consiguiente puede defenderse la plaza, y antes de seis semanas, de los quince mil ingleses que han desembarcado en Walcheren, no quedarán más que unos mil quinientos; todos los demás irán á parar á los hospitales.

»El mejor modo de impedir que tomen á Flesinga es inundar aquella tierra. La expedición inglesa se compone de veintiséis ó veintisiete mil hombres: de éstos han desembarcado quince ó diez y ocho mil en la isla de Walcheren, y siete u ocho mil en el Beveland Sur. Una ventaja han conseguido que no debían prometerse: la ocupación del fuerte de Batz. Y sin embargo, ¿de qué les ha servido? De nada. La expedición ha sido mal calculada. Esos veinticinco ó treinta mil hombres hubieran sido mucho más útiles en España; en Holanda nada pueden hacer. Porque aun dado el caso, poco menos que imposible, de que tomasen á Flesinga, no la conservarían mucho tiempo. En vano gastarían dinero y prodigarían gente: nunca conseguirían defender la isla de Walcheren; pero conviniendo todo el mundo en que se necesitarían veinte mil hombres por lo menos para defenderla, casi le convendría á la Francia cedérsela generosamente. No sacarán más que perder diez mil hombres con aquellas terribles calenturas, y en cuanto la Francia quiera les volverá á quitar la isla.

»La expedición inglesa ha sido resuelta sobre datos falsos y calculada con grande ignorancia. En Londres no tienen ideas exactas de lo que son el Escalda y la Francia; porque en el momento en que esto escribimos se están reuniendo en el Norte ochenta mil hombres, y es muy de aplaudir que teniendo la Gran Bretaña países donde emplear sus fuerzas últimamente, haya elegido un punto donde nada puede hacer.»

»Haga usted insertar este artículo en el *Monitor*, á menos que algún acontecimiento inesperado se oponga á estas conjeturas en el momento de recibirlo.

»NAPOLEÓN.»

AL MINISTRO DE POLICÍA

«Schanbrunn, 10 de agosto de 1809.

»Acabo de recibir su carta de usted del 16. Me participa usted que el enemigo está bombardeando á Flesinga, y que es de temer que la plaza se rinda. Hace usted mal en temerlo. Flesinga es inexpugnable mientras haya en ella pan, y debe haberlo lo menos para seis meses. Flesinga es inexpugnable, porque para asaltarla hay que franquear un foso lleno de agua, y porque además en caso apurado pueden abrirse los diques é inundarse toda la isla. Si Flesinga se entregase antes de los seis meses, sería menester formar consejo de guerra á todos los generales, coroneles y oficiales superiores que la mandan. Tampoco creo que se rinda Rameskens, porque aunque no conozco este fuerte, sé que no debe ser tomado teniendo el recurso de abrir los diques. Escriba usted á todas partes, propale usted que Flesinga no puede ser expugnada no mediando alguna traición de parte de los que la mandan; yo en verdad creo que no la tomarán y que se retirarán los ingleses con las ganas. No abrigo sobre esto el menor recelo. Las bombas nada significan, nada absolutamente: podrán arruinar algunos edificios, pero esto jamás ha sido causa suficiente para rendirse.

»Mientras los ingleses pierden el tiempo en el Escalda, lord Wellesley se deja batir en España, los franceses le estrechan, le persiguen y él apela á una precipitada fuga con irresistibles calores. Al dejar á Talavera ha dejado recomendados al duque de Bellune cinco mil ingleses enfermos y heridos que no puede llevar consigo. ¡Por fin corre ya la sangre inglesa! ¡Feliz pronóstico para conseguir la paz! Ciertamente si los asuntos de España se hubiesen conducido con más tino, no se hubiera escapado un solo inglés; pero en fin, han sido batidos, seis mil han perecido y ocho mil quedan prisioneros nuestros. Comente usted estas noticias en artículos de periódicos, demuestre usted la extravagancia de los ministros al exponer en el corazón de España á treinta mil ingleses contra ciento veinte mil franceses, que son la tropa mejor del mundo, enviando al mismo tiempo otros veinticinco mil á enfangarse en los pantanos de la Holanda, donde sus esfuerzos no sirven más que para estimular el celo de los guardias nacionales. Haga usted conocer bien la necesidad de sus proyectos al diseminar de este modo sus fuerzas y que las sorpresas mezquinas han sido siempre peculiares de los tontos.

»NAPOLEÓN.»

AL MINISTRO DE LA GUERRA.

«Schanbrunn, 22 de agosto de 1809.

»He leído en el *Monitor* su informe de usted al senado.

»Habrán usted recibido sin duda mis órdenes para insertar en el *Monitor* los partes oficiales de los generales, cuidando solamente de suprimir algunas líneas y lo que pudiese contribuir á revelar el número de mis tropas. Cuando los acontecimientos toman tanta importancia el público debe saberlos.

»Habrán usted recibido el decreto nombrando al ge-

neral senador Collaud gobernador de Amberes; en su virtud queda anulado el decreto del rey de Holanda. Supongo habrá usted escrito al rey que he nombrado un mariscal, y que á éste compete tomar las medidas necesarias para la defensa de nuestras costas. Habrá usted mandado al general Collaud trasladarse á Amberes, y tomar disposiciones para defender la ciudad y mantenerse en ella tres meses después de abierta la trinchera. Cuide usted de que mi escuadra se sitúe á favor y contra la corriente del río, como se lo tengo mandado al ministro de Marina. El general Saint-Laurent debe permanecer en Amberes para mandar la artillería, el ministro Dejeán para mandar el cuerpo de ingenieros y el vicealmirante Missiessy para mandar la marina y la escuadra. Además de los seis mil hombres que ésta puede suministrar, quedarán en la plaza otros seis mil guardias nacionales é igual número poco más ó menos de tropas de línea; cuide usted de que se hagan en ella grandes acopios de víveres.

»Si, lo que no puedo creer, llegara á rendirse Flesinga antes del 1.º de febrero, hará usted prender al llegar á Francia á los generales, coroneles y demás oficiales que la han mandado. Flesinga es inexpugnable, porque tiene un ancho foso lleno de agua, y á su favor también la inundación del país. Es menester escribir inmediatamente por el telégrafo y por los otros medios que rompan los diques.

»Celebro mucho que el general Rousseau no se haya trasladado á Flesinga. Era una medida disparatada, porque sobra gente en la plaza. Aproveche usted todas las ocasiones para repetir al general Rousseau y á todos los oficiales de artillería que defiendan á Breskens y á la isla de Cadzand, que no se desanimen y mantengan firmes. Es preciso que los oficiales de artillería sigan un principio contrario á la regla general, esto es, que prodiguen la pólvora y las municiones en vez de economizarlas. Hay circunstancias en que conviene ahorrar todo lo posible; así sucede haciendo la guerra lejos de Francia; mas ahora por el contrario conviene mucho ser prodigo en los recursos. Cuide usted de que la artillería tenga sus puntos abundantemente surtidos de pólvora y bombas para estar disparando continuamente; porque particularmente en la mar nunca se ve el daño que padece el enemigo. He presenciado combates de seis horas, en los cuales después de haber estado disparando sin descanso parecía que nada se había hecho, y luego veíanse de repente unos buques irse á pique y otros ponerse en franquía forzando vela. Pero para que esto se verifique es preciso no carecer de municiones y tomar con tiempo las medidas necesarias para surtirse abundantemente. ¿Qué es para nuestros morteros una distancia de mil trescientas toesas, teniendo de mil quinientas á mil seiscientas de alcance? A veces treinta bombas caen en vano y la treinta y una da en el blanco. Encargue usted sobre todo que las bombas sean incendiarias. Si los buques del enemigo se hallan á mil toesas, quedan dentro de los alcances de la batería imperial, y ¿por qué no se los echa á pique? Escriba usted á los generales y oficiales de artillería de la isla de Cadzand y de la costa que no les duela el gastar municiones.

»Supongo que todos esos pormenores que da el general Rousseau de que la guarnición combate fuera de Flesinga, que se ha disparado la primera bomba, etcéte-

ra, etc., los hace usted insertar en el *Monitor*. Es preciso hacer imprimir todos los partes que usted me envía, cuidando de suprimir algunas líneas y de cambiar algunos números.

»Por lo que hace á la bala rasa, tenga usted presente que el tiro del enemigo alcanza mucho, porque los marinos estando fuera de alcance tiran por lo común á bala perdida, y el tiro de la artillería de marina tiene más grados que el tiro de cañón de tierra.

»Mande usted armar la plaza de Izendick, abastecerla y ponerla en estado de sitio. Envíe usted á ella un oficial comandante, otro de ingenieros, otro de artillería, un comisario de guerra y un guarda almacén. Haga usted reunir en ella gran cantidad de municiones de boca y de guerra.

»NAPOLEÓN.»

AL MINISTRO DE LA GUERRA.

«Schanbrunn, 22 de agosto de 1809.

»Acabo de recibir su carta de usted del... Veo en la copia de la que ha escrito al príncipe de Ponte-Corvo, que le dice usted ser menester arriesgar una batalla para salvar á Amberes. Temo haya usted entendido mal mi idea. He dicho que en ningún caso debe aventurarse una batalla á no ser para salvar á Amberes, ó cuando tengamos que habérmolas uno contra cuatro y en una buena posición defendida por reductos y baterías. He aquí explanado mi pensamiento. Hay dos puntos distintos, que son Amberes y la isla de Cadzand, ambos muy importantes, porque si el enemigo se apodera de ellos... nuestras ciudades de Francia... y molestaría la orilla izquierda.

»Creo que el mariscal Moncey debe trasladar su cuartel general á Gante y tomar el mando de la isla de Cadzand y de Terneuse hasta las inmediaciones de la Cabeza de Flandes. El príncipe de Ponte-Corvo debe trasladar su cuartel general á Amberes, y reunir bajo su mando todo el ejército que se halla en la actualidad en Lila y Berg-op-Zoom; debe escoger buenas posiciones para impedir que el enemigo atraviese el canal de Berg-op-Zoom, no trabar encuentros sino con fuerzas muy superiores á las de aquél que padece, y emplear el tiempo en instruir y disciplinar su tropa. Si el enemigo tiene sólo veinte ó veinticinco mil hombres para atacar á Amberes y el príncipe de Ponte-Corvo puede esperar en una posición ventajosa y acometerle con cincuenta mil entre franceses y holandeses, y sobre todo con mucha artillería, no hay inconveniente en que así lo haga, pero asegurando primero la retirada sobre Amberes. En todos casos deberá retirarse á esta plaza, considerada como un vasto campo atrincherado, encerrarse en ella y ocupar los aproches observando lo que hagan los ingleses. El movimiento de éstos podría entonces determinarse con toda claridad. El mariscal Moncey, en este caso, aproximaría su cuartel general á la Cabeza de Flandes para estar más cerca de Amberes. El duque de Valmy marcharía sobre Maestric para acosar al enemigo, y si éste hiciese la locura de sitiar á Amberes, el mariscal Moncey trasladaría á la plaza por la Cabeza de Flandes en una sola noche todas sus fuerzas disponibles; el duque de Valmy y los holandeses que ocupan á Bredda hostigarían al enemigo, y el príncipe de Ponte-Corvo